

Era 1960 y estábamos en la cocina, con la puerta cerrada por el frío, la familia cenando y yo sobre la vieja Underwood, dando los últimos golpes a la novela. De pronto tuve una bonita idea y llamé a Begoñita...

*Las ciegas hormigas* es un título nada sutil, frontal, demasiado directo y descarnado, pero quería contar una historia con personajes al límite debatiéndose entre el sentimiento y el instinto animal de supervivencia, enfrentados a una realidad que los quiebra, una realidad que, en realidad, es todas las realidades. El único que acepta de frente esta condición humana es el padre, sin apoyo de ningún dios de la vieja lista, él no necesita de fantasmas. Sé de uno como él.

¿Qué ha cambiado en cincuenta años? Nada. Hoy, volvería a escribir la misma novela. Fue mi primer grito de libertad hacia fuera de mí mismo. Aunque vivíamos ya veintitrés años de dictadura, el vehículo para mi declaración de principios no fue el franquismo sino la literatura. La escribí en libertad cuando no la había, tan libre como lo haría hoy que sí la hay.

Otra forma de rebelión fue mi corto viaje de catorce kilómetros de Bilbao a Santa María de Getxo, en la costa, de la ciudad al campo, a la aldea que aún no se llamaba San Baskardo. ¿Una huida? Por ello, cuando la novela salió, R.P. se sintió desnudo en la trampa que le había tendido la sociedad, los temibles rostros de aquellos ciudadanos ante los que tuve que presentar por primera vez en mi vida mi yo, y quedé mudo, sin poder articular palabra.

El 6 de enero de 1961 compartí con mis tres hijos la sorpresa de los juguetes de los Reyes Magos que yo mismo les había puesto la víspera, y luego me fui a Algorta, al kiosco de prensa de la estación de ferrocarril, a ver si no había ganado el Nadal. El periódico no podía decir nada del asunto, puesto que este premio no se ventila la noche de Reyes, como yo creía, sino el día de Reyes por la noche. Desilusión y a casa... La siguiente madrugada, los periodistas me ven en calzoncillos cuando les abro la puerta. «¿Usted es Ramiro Pinilla? ¡Le han dado el Nadal!» Eran los de *La Gaceta*, que habían ganado por la mano a los de *El Correo* al localizar a mi padre en Bilbao (yo aún era clandestino en Getxo, vivía en una casa sin concluir, carecía de todos los servicios, incluido el teléfono) y traerlo ovillado en el fondo del coche para ocultarlo a los que les seguían.

A medias repuesto, cumpliendo con mi viejo propósito de no dejarme aturdir por ninguna marejada, como un funcionario cabal tomé el tren de las ocho para fichar en las oficinas de la Fábrica de Gas de Bilbao. A lo largo de la media hora de trayecto escuchaba a mi alrededor: «¿Pero quién cojones es este Pinilla de Getxo al que no conocemos?». Yo, me encogía en el asiento.

Era sábado. Me requirieron de Barcelona. «¿Tengo que ir?» «¡Pues claro!» Los conocí. Los periodistas se empeñaron en que les mostrara el talón de 150.000 pesetas que ya me había entregado Destino. No cejaban. El editor, cabreado, me pidió que lo sacara. Sólo así la prensa se convenció de que el ganador del Nadal había cobrado.

Como coincidió que jugaba el Athletic en Barcelona, expuse mi deseo de ir a verlo, pero ellos me atajaron: «Usted se debe ahora a su libro, comerá con uno de nosotros, hablarán, le hará preguntas y el trabajo saldrá en nuestra revista *Destino*». Me plegué, pero luego supe que ellos sí que habían ido. También me pidieron que me quedara un par de días. En esto no cedí: nunca me había separado tanto tiempo de mis hijos.

Es natural que todo libro tenga amigos y detractores, y entre éstos me acuerdo de uno que me paró en la calle y me soltó: «Pinilla, tenía ganas de tropezarme contigo para darte de hostias...». «¿Por qué?» «Pues porque yo era de los que bajaban a la playa a

coger zaborra..., ¡y no hay que sacar los trapos sucios!» Entendía por trapo sucio la actividad de muchas familias de esta costa de recoger en la rompiente de las playas la carbonilla de cok de Altos Hornos que los ganguiles arrojan en alta mar y las corrientes llevan a la costa: es un buen combustible para las cocinas.

*Las ciegas hormigas* ha permanecido medio siglo secuestrada por la editorial Destino. En el contrato leonino que aquel ingenuo escritor firmó con entusiasmo, una cláusula decía que el editor sería dueño de la obra mientras en su almacén quedaran cien ejemplares: era la posesión de ella de por vida. Si nuestras relaciones se rompieron, pocos años después, no fue por este abuso sino por otras deslealtades. Señalaré una: cierto día se presentó en mi casa un equipo completo de la televisión alemana para rodar en la costa de Getxo mi novela. Al decirles yo que no tenía la menor noticia, no lo podían creer. Llamo a Destino. «No se preocupe, Pinilla, todo está en regla.» Sólo entonces me enviaron 100.000 pesetas. ¿Poco? ¿Mucho? Lo indignante era lo otro, el desprecio al autor. Los alemanes se portaron muy bien. Ignoro qué producto salió de aquel rodaje de 1971. No lo he visto nunca.

Otra: en 1999, Planeta de Agostini, con Destino en este grupo, publicó mi novela en silencio y sin que hasta ahora el autor haya recibido un céntimo.

Desde hace meses *Las ciegas hormigas* ha regresado a mis manos gracias a las personales gestiones de Toni López Lamadrid, de Tusquets, recientemente fallecido, al que nunca dejaré de agradecerse. Un editor enseñando a otro buenas maneras.

... Pedí, pues, a mi hija mayor, Begoñita, de ocho años, que pulsara la tecla de punto final, y lo hizo. Desde entonces, ella remata cada nueva novela. Si no la tengo a mano, espero semanas o meses con el espacio en blanco hasta que regresa, y ya no tengo que indicarle que pulse ahí, ya domina un teclado, y lo hace con la seguridad de su experiencia adquirida desde aquellos sus lejanos ocho años...

*Ramiro Pinilla*  
*Getxo, 5 de octubre de 2009*